

No pasa nada

No pasa nada. Pongamos que el arte se ha convertido, tomando palabras de Adorno, en pasatiempo dominical. No hay nada que pensar, no hay nada que hacer, nada que decir. Nos paseamos por la exposición de turno, asistimos tan felices a la correspondiente inauguración, bebemos un vino si el presupuesto ha llegado para tanto, conversamos, saludamos a los conocidos, nos presentamos a desconocidos, rozamos apenas cuadros, esculturas, y nos volvemos a casa tan contentos, quizá con algunos teléfonos más apuntados en la agenda del móvil. No pasa nada. Nada ha pasado, de hecho. Hemos llenado el domingo, quizá. Hasta la semana que viene. Y a callar.

Da lo mismo si en una pared había un cuadro del cual salían puñales, u otro que mostraba un torso femenino lleno de heridas, o un cordero abierto en canal, o una superficie que se quería infinita invadida por un azul imposible. En la esquina del fondo, un cuadro lleno de trozos de madera iba desgastándose, muriéndose lentamente, convirtiéndose en serrín. La iluminación se encargaba de hacer todo equivalente; la misma luz blanca y uniforme borraba las sombras e impedía fijarse en tal matiz, en la locura de ese rojo. El recorrido por la exposición estaba ya fijado, ordenado y canalizado por sutiles marcas en el suelo, explícitos carteles o movimientos colectivos de la masa que visitaba, como se visita a un pariente pesado que no tiene sillas suficientes, la muestra. No recuerdo si estaba en el penúltimo museo blanco de blanco arte moderno o en la galería de vanguardia o en la gran feria. Da igual, no pasa nada.

He leído bastantes comentarios que se lamentan de que en la última edición de ARCO no se haya podido repasar la verdadera actualidad del arte moderno, o de que se ofreciesen demasiadas obras ya clásicas y canónicas restando sitio a los nuevos artistas. Dicen otros que la forma en que estaban organizados los expositores restaba coherencia al conjunto. Pero no pasa nada, olvidamos todos que ARCO no es una exposición ni un museo: es una feria. El objetivo de una feria así es vender arte. Los destinatarios son los compradores. El criterio de selección de obra es sencillo: se expone aquello que parece poder ser vendido. Los que no vamos a comprar paseamos por allí como convidados de piedra; se trata de que molestemos lo menos posible y rellenemos la estadística que, finalizado el supuesto evento, publicará el gran éxito de los miles de visitas recibidas. Sin embargo, a línea

seguida aparecerá el volumen de dinero trasvasado; y ésa sí es la cifra.

En realidad, todo es una feria; también las grandes exposiciones de los grandes museos se miden por cantidad de visitas. No molesten, por tanto. Confórmense con haber llenado el domingo; colaboren con los treinta y tantos euros y con mejorar la cifra de visitantes. Quizá logren algún día tener una entrada gratuita si establecen los contactos necesarios. Nada de visión actual del arte moderno, nada de saber qué se está pintando hoy, qué buscan del arte los artistas nuevos, etc. No busquen criterios, no hay nada que pensar. Ya decide el mercado.

Otra vez Adorno: el peor peligro del arte nuevo es su falta de peligros. Todo está montado para que no pase nada: tú, profano, no tienes nada que entender, nada hay que vivir de los cuadros, de las obras, no hace falta pensar. El arte es coto privado de la irracionalidad, no hay quien lo entienda, a uno le da por llenar el lienzo de rojo y a otro por hacerle un agujero, tú no te preocupes. Pasa el rato, que el mercado ya se encargará de evaluar por ti. El relativismo estético conforma ese campo abonado en el cual, dada la renuncia al pensamiento o a la experiencia estética, crecerán valores acordes con este estúpido mundo globalizado; los valores al alza o a la baja de la cotización, claro.

Quedamos al margen, claro, unos cuantos románticos que buscamos del arte precisamente que pase algo. Sabemos decir poco, e incluso a menudo creemos que ante una obra de arte el mejor recurso es el silencio. Pero la pensamos y la vivimos, y sabemos de su valor por la incomodidad que nos produce, por la ilusión o el desplazamiento a que nos ha sometido. Nos atrevemos a decir, incluso, que, si no pasa nada, no hay arte. No nos conformamos con el pasatiempo dominical y andamos buscando rupturas, desplazamientos, transgresiones o metáforas. Peligros, quizá. Los hay: artistas que se alteran e intentan incluso comer de su trabajo. Galeristas hasta arriesgados. Museólogos no tan ingenuos. Incluso críticos críticos, los hay. Hasta pensadores que piensan, se desplazan, incomodan y se dejan incomodar por el arte y sus mundos imposibles o demasiado posibles. Pero no pasa quizá nada, no alteramos, parece, el rumbo de las cosas; como mucho nos alteramos nosotros mismos, y gracias...

Fernando Ruy Pérez
Filósofo Profesor de
Estética de la Universidad
Complutense de Madrid)

Desde que en los años 70 empuñó el lápiz para ganarse la vida, la trayectoria de Javier Mariscal se ha caracterizado por su incontinencia creativa, por su necesidad de expresarse a través de múltiples disciplinas, artísticas o no. El diseño de mobiliario, la pintura, la escultura, la ilustración, el interiorismo, el diseño gráfico, el paisajismo, la jardinería, la horticultura... son objeto de su actividad profesional y vital. Mariscal se expresa a través de un lenguaje personal, complejo en su intención, y sencillo en su manifestación, inocente y provocador a la vez, que le sirve para innovar, arriesgarse y comunicar; para seguir haciendo cosquillas a los ojos que miran su obra y crear complicidades.

Cuando a Javier Mariscal le preguntan a qué se dedica, a veces contesta que es equilibrista y otras que saltimbanqui, y es que incluso cuando utiliza el mundo del circo para definirse a sí mismo, adopta varios oficios. En un circo, él sería también director de pista, diseñaría la carpa y la escenografía, se subiría al trapecio y estaría cabreado si no tuviera tiempo de darle la comida a los elefantes. Esta incontinencia creativa ha sido siempre una característica de su trabajo. Es precisamente su multidisciplinariedad lo que le ha acarreado más incompreensión, especialmente la de aquellos que todo lo juzgan bajo el manto de la ortodoxia. No le perdonaban que se atreviera con un escenario, con una escultura de gran formato o con una exposición de pintura, mientras a su vez triunfaba como diseñador gráfico. Ahora las cosas han cambiado, y en el mundo contemporáneo empieza a surgir un espíritu renacentista que ya permite que los médicos sean presentadores de televisión, o que los arquitectos toquen el banjo. Pues mejor para todos y para Mariscal, que así podrá dedicarse a pintar sin que le pregunten por enésima vez si es un diseñador que

pinta o un pintor que diseña. Sobre todo cuando ya ha dejado claro que él es equilibrista. Mariscal logra lo que en definitiva es el objetivo de todo pintor que muestra su obra: que la mirada ajena pueda atisbar la emoción y la búsqueda de la belleza con que ha sido concebida. Esa capacidad de comunicación de Mariscal no impide que su obra artística sea un trabajo íntimo, hecho para sí mismo, en el que, como siempre asume el riesgo de dar cancha a su desbocada creatividad sin tiempo para la reflexión entre el impulso creativo y el gesto de su mano. Pero a pesar de sus trazos veloces, su obra nunca resulta banal. Su pintura no surge de la reflexión, porque su desmedido instinto es quien se encarga de hilar ese discurso aparentemente inocente, que siempre está cargado de intención. Mariscal piensa en imágenes y se expresa a través de ellas, de forma directa, sintética y fácil de decodificar, por eso transmite y emociona. Y esto no deja de ser paradójico, ya que a todo le imprime un nuevo significado, en su mente no cabe la imposición semántica, todo puede leerse de otra manera, todo puede ser otra cosa, lo cotidiano puede ser sublime, y lo sublime cotidiano. Porque su mirada es siempre poética. El mundo está en constante cambio y el artista equilibrista sabe que él está implicado, que es motor y a su vez espejo de esos cambios. El motor, Mariscal lo alimenta con la fuerza que genera el contraste entre inocencia y provocación. El espejo en que nos deja reflejarnos nos desvela que todo, absolutamente todo, es susceptible de ser otra cosa. Y eso, espero que estén de acuerdo, es un mensaje muy esperanzador. Al menos para los que buscamos en el arte algo de consuelo. En la Galería Caterinart de Barcelona del 13 de marzo al 13 de Mayo www.caterinart.com

Ángels Manzano



Letters & Letres

El Artista equilibrista

La recién nacida Galería Caterinart, de Barcelona, presenta los últimos trabajos de pintura de Mariscal bajo el título de Letters y Letres